

***MISA CRISMAL***

***CATEDRAL NTRA. SEÑORA DEL CARMEN***

***CARTAGO – V.***

***21 de marzo de 2024***

*«El espíritu del Señor está sobre mí,*

*porque el Señor me ha ungido».*

(Is 61, 1).

Muy queridos hermanos, en el bautismo y en el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo, pues todos bautizados y todos por ese mismo bautismo somos partícipes del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta solemne concelebración eucarística, acción de gracias al Señor, encuentro de la Iglesia que peregrina en esta Diocesis de Cartago, y en la cual bendecimos el Santo Óleo de los Catecúmenos y el Santo Óleo de los Enfermos, y consagramos el Santo Crisma, se encuentran maravillosamente entrelazados el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial de los presbíteros.

El Magisterio de la Iglesia nos enseña que «el sacerdocio ministerial adquiere su auténtico significado y realiza la plena verdad de sí mismo en el servir y hacer crecer la comunidad cristiana y el sacerdocio común de los fieles»[[1]](#footnote-1), pues «el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordena el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial no solo gradual. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo: los fieles, en cambio, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante.» (LG 10)

La expresión transversal de la liturgia de la Palabra, propuesta para la celebración de la Misa Crismal, es justamente «*unción*» «*ungidos*», e inmediatamente la expresión «*enviados*». Ungidos para ser enviados, o sea una unción en favor de los demás, del santo pueblo fiel de Dios. Una unción que tiende a la misión, y una misión que se debe traducir en evangelización, acción evangelizadora a través de la pastoral.

Lo escuchamos con claridad del profeta Isaías: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Él me ha enviado para llevar la buena noticia a los pobres… y a proclamar el año de gracia del Señor…» (Is 61, 1-2).

Y el salmista dice: encontré a David mi siervo, y lo ungí con el óleo sagrado (Ps 88, 21).

Ahora centrémonos un poco más en el pasaje del santo Evangelio. La coincidencia con la lectura del rollo de Isaías, realizada en la sinagoga de Nazaret, donde se había criado, nos deja entrever la mano de Dios, que se muestra palpable, para confirmar a su Hijo como Mesías, como Cristo, como Ungido. La actividad pública de Jesús apenas comienza. Ésta es como la predicación inaugural en la que le muestra a sus coterráneos cuál va a ser su misión. El tiempo se ha cumplido, el Reino está cerca, y la Escritura se cumple.

El Evangelio subraya la solemnidad del momento: «todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en Él». Acto seguido Jesús hace una afirmación decisiva: *«Hoy se cumple esta Escritura que acaban de oír.»* (Lc 4, 21).

Así la misión de Jesús tiene al menos tres elementos que es necesario destacar: la unción, el envío y la misión. Ungido y enviado para la misión. Sin embargo, avanzando un poco en la lectura de este capítulo 4° de Lucas, encontramos que unos aprueban sus palabras, otros manifiestan un tajante rechazo, que incluso los lleva a sacar a Jesús y ponerlo cerca al despeñadero, pero *«Jesús se abría paso entre ellos y seguía su camino».* (Lc 4, 30).

El Señor a todos nos hace partícipes de su misión, porque todos fuimos ungidos, y al ser ungidos somos enviados y enviados a la misión. Fue justamente al momento de la Ascensión al cielo, concluido su paso por esta tierra, cuando envía a los discípulos para que vayan y hagan discípulos de todos los pueblos, bautizándolos y enseñándoles todo lo que él les enseñó. (cf. Mt 28, 19-20).

La unción es real, el envío es permanente y la misión es actual, o sea, es para el mundo de hoy, para este que nos corresponde vivir e informar con la Palabra del Señor y con sus sacramentos, siempre con la esperanza de una Iglesia que responda a las necesidades del mundo y de la sociedad actuales. Es un mundo que, si no niega de tajo a Dios, al menos lo ignora y lo aleja de su marcha y de la vida de las personas.

Ingente la tarea, tanto como el compromiso y la responsabilidad. El Señor nos la encomienda: «*Vayan y hagan discípulos*». Este deberá ser el propósito primero, el más alto, el más trabajado, el más importante: hacer discípulos. Estamos en una sociedad, la nuestra, la que nos rodea, en este país, pero especialmente en está Diócesis, de muchos bautizados, de muchos que aun buscan los sacramentos, pero podemos preguntarnos ¿para qué se buscan los sacramentos?; ¿qué añade a la vida de nuestros pueblos y de nuestras parroquias el gran número de bautizados?

¿Cuántos de nuestros bautizados que llegan a nuestros templos, por ejemplo, en el día del Señor, son realmente discípulos? Ideal sería que fuese el ciento por ciento, pero en realidad falta mucho para eso. He ahí nuestra tarea, nuestro reto, nuestra misión: hacer discípulos.

Queridos fieles, venidos de las varias parroquias de nuestra Diócesis de Cartago: la misión es compartida: ministros y fieles laicos: no son los ministros quienes solo realizan la actividad y los fieles solo receptores pasivos. También están llamados al ejercicio de su sacerdocio común, de forma peculiar y propia, siendo antes verdaderos discípulos. Toda la actividad de la Iglesia, tanto pastoral, evangelizadora, sacramental, debe tender a eso: a que ustedes amados hermanos sean discípulos. Como discípulos tenemos que ser también los presbíteros. Así contribuimos a la construcción de la comunidad.

Cuando se dice que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial se ordenan el uno para el otro es justamente en este sentido: se comparte la misión. También ustedes están llamados a ir. No hay que ir muy lejos, a la casa, a la calle, al trabajo, a las relaciones interpersonales. Al mundo que los rodea.

El papel del sacerdocio común de los fieles, se desarrolla justamente en el mundo que les rodea, donde, por el sacramento del bautismo y convencidos de que la misión es de todos, ponen su mejor empeño por la transformación del mundo y de la sociedad.

A toda esta situación de esta sociedad tan compleja la solución es volver a lo que Jesús nos pidió hace dos mil años: que no hagamos simplemente creyentes, o «católicos practicantes», sino que hagamos discípulos. Hacer discípulos es el centro, el meollo de la cuestión, y todo lo demás en la vida de la Iglesia, de nuestras comunidades, de nuestras parroquias, en los programas, planes y metodologías pastorales, debe girar en torno a ese gran objetivo hacer discípulos. ¿Cómo? ¿Cómo hacemos discípulos? Si un discípulo es aquel que aprende, aquel que desea crecer, que está sediento del conocimiento, ¿cómo se hace para que ocurra esto? Sabemos que, porque alguien «crea» en Jesús o vaya a la iglesia, no significa necesariamente que tenga esta sed. Algo debe ocurrir para despertar esta sed: ese algo se llama evangelización, que es el anuncio de la buena nueva, y esa buena nueva es Jesús resucitado. ¡Es por lo tanto un anuncio kerigmatico!

Sabedores, como somos de que debemos trabajar de manera mancomunada, es necesario, y en orden a contribuir con la reflexión que lleva a cabo la Iglesia universal, en el sínodo sobre la sinodalidad, con miras a la Asamblea del mes de octubre, tratar de dar respuesta conjunta, fieles laicos y ministros consagrados, a esta cuestión: «¿CÓMO potenciar la corresponsabilidad diferenciada en la misión de todos los miembros del Pueblo de Dios? ¿Qué modos de relación, estructuras, procesos de discernimiento y decisión respecto a la misión permiten reconocerla, configurarla, promoverla?» ¿Qué ministerios y órganos de participación pueden renovarse o introducirse para expresar mejor esta corresponsabilidad?

La renovación de la Iglesia, de nuestras comunidades, tanto diocesanas como parroquiales, incluso aquellas pequeñas comunidades surgidas del SINE, sistema integral de nueva evangelización, como aquellas surgidas de los más variados movimientos que tienen asiento en nuestra Diócesis, digo, esta renovación pasa necesariamente por este reto, está tarea y este compromiso de hacer discípulos.

Queridos hermanos la tarea es amplia, es delicada, pero también es urgente, es ahora: la evangelización es para hacer discípulos.

Y por último quedemos con este pensamiento de san Pablo VI: prediquemos con nuestra vida, pues el mundo de hoy escucha con mucho más agrado a los que dan testimonio, que a los que enseñan (EN 41).

Que María nuestra madre, la discípula por excelencia y misionera del Hijo, nos ayude en esta misión.

Así sea.

1. Cf. Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium,* 10; Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis,* 12. [↑](#footnote-ref-1)